



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

Los Cerveto, una dinastía de artistas tortosinos

Por Francisco González Cirer

El siglo XIX fue en Tortosa rico en acontecimientos políticos. Recordemos la ocupación francesa, la sublevación del general Ciego y las guerras carlistas, con el episodio trágico y vergonzoso de la ejecución de la madre del general Cabrera, antes de haber tenido aquí otro o cuantos cambios políticos, violentos o pacíficos, sufrió la nación en la centuria.

También fue nuestro ochocientos especialmente generoso en el número y calidad de artistas, como si quisiera compensar con bellas y hermosas de arte la generalizada triste estampa política.

Es el primer tercio del siglo el José Dalu, natural de La Jana, asentado en Vinaza, quien viene a nuestra ciudad, hallando protección y asilo. Lo acompaña su hijo, aún niño, José Dalu Mateu, "Doblet", que será muy pronto apreciado como profesor y pintor de la "Santa Cinta". Pero será Ramón Cerveto Bestatín quien va a engrisar en la más interesante figura de artista en nuestra ciudad, y ello por dos razones importantes, además de por sus cualidades innegables de buen escultor: la primera, por haber sido quien guió con acierto los primeros pasos, y aun los siguientes, de artistas tan notables como José Alcoverro Amorós y Agustín Querol Subirats; la segunda, por haber sido principio de una dinastía de artistas tortosinos, cuya progenia actúa en el hacer cultural de la ciudad duró hasta nuestros días.

El padre de Ramón Cerveto Bestatín era natural de Corbera, en esta misma provincia, y había caído con una tortosina, Benita Bestatín, trasladándose a nuestra ciudad por los años veinte del pasado siglo, estableciéndose como carpintero. La familia procedía de Lérida y otros bastantes veces de labos de Antonio y Ricardo Cerveto Riba, de su parentesco con el abito musicista Miguel Sorés. Esta cronología le llevó a firmar algunas de sus obras de juventud con una B inicial.

Fue Ramón Cerveto Bestatín de vocación madrugadora, recordando Ramón Vergés Puall, en el tomo VI de sus "Espumas de la Lira", que, siendo alumno del "estudi" de primeras letras que el maestro D. Manuel Borras tenía en una sala del Seminario Conciliar, de cuyo "estudi" era profesor de dibujo el pintor "Doblet", le aseguraron un gran porvenir como artista, a la vista de sus dibujos, diciéndole el maestro Forras: "Cerveto, a v'raes pas prompte ne sabrás més que natro".

Esta vocación primera creció con el tiempo y empezó al joven barcelonés, empelándose allí de oficial carpintero en una fábrica de pianos. Algún tiempo después, una terrible epidemia de cólera ríea en la ciudad y los talleres y fábricas se ven obligados a cerrar. El muchacho tortosino, apenas libre de la casa en que se hospedaba, entremetidosos en modular figuras, con rara habilidad en el hacer las manos y los pies. La visita de un amigo y la admiración que estas obras causan en él, son el origen de un peregrino taller de escultor por las vias y puzoseras calles de los alrededores de la ciudad barcelonesa, vendiendo a buen precio, como había asegurado el amo, esta primicia de su arte.

Pudiblemente, este hecho sea el principio de su dedicación plena a la escultura de imaginero.

Cuando vuelve a Tortosa para ya no salir de ella, el artista está logrado y la fama irremediable a su taller, cercano al arco del Palau, discípulos para su Academia de Dibujo y compradores para sus imágenes.

No quisiera artístico se alista sobre esta té robusta que llenaba de ardiente sentimiento religioso sus obras, entre las que alcanzaron mucho renombre los Cristos y las Doloresas, que en número creció asieron de sus manos con destino a iglesias y conventos de la diócesis.

Fue, también, creador de una imagen de la Virgen tortosina, en la que, al decir del cronista de la ciudad, Mateu y Nod, se inspiró "en la cara de la Mare de Déu de la Cinta les faccions característiques de la dona tortosina, pero deixada d'un caràcter més espiritual, que la bellina terra treballa magistralment la puraa virginal de Maria de Nazareth".

Autoridad reconocida en materia de arte, maestro de muchos artistas y artesanos de su tiempo, no es extraño que su nombre figure en muchas ocasiones de la vida de la ciudad. Así, cuando el "Contra Bertheusa", en 1868, se instala en el piso principal de la casa nº. 3 de la calle de la Rosa, y pone en manos del famoso "librero de casa" José Grifol, llamado "llagare" por la gente, la decoración del local, éste que va a realizar la mejor obra de su vida, inspirándose en la Alhambra, recitaba la opata de Ramón Cerveto para el traslado o dibujo de la verja, que ejecutará un hermano suyo; será nuestro escultor quien haga el busto del Papa Pio IX, según consta en Actas Capitulares y sesión del 26 de Junio de 1871; el escudo el fundador D. Enrique de Ocho en buca de una imagen de Santa Teresa que muere a devoción, realizándose con tal acierto que, en pocos años, se hicieron más de cien copias, finalmente, al celebrarse, en 1874, el VII Centenario del desvenso de la Virgen a Tortosa, fue nuestro artista el escultor elegido para perpetuar en un relieve, colocado encima de la pila del claustro, el momento en que la Virgen toma el agua bendita.

Mientras tanto nacen los hijos y crecen en el ambiente del taller, donde se habilita y se respeta arte, donde se tallan, cincelan, se modelan, dibujan o pintan, puesta todo el interés en alcanzar altura, en aprender el oficio, trabajando el barro en buca de unos volúmenes, de una masa virosa, de un detalle gracioso, dejado sobre el papel una línea visivamente descriptiva, orquestrando sobre la tela una mancha de color.

Cuando muere, el 10 de Octubre de 1906, a los 78 años de edad, sus hijos habían alcanzado ya la plenitud de su arte o estaban en camino de lo-gro.

Ocho fueron los hijos: cinco varones, tres mujeres. Los primeros se llamaron Víctor, Ramón, Antonio, José y Ricardo; tres, escultores, y Antonio y Ricardo, pintores.

El mayor, Víctor Cerveto Riba, se irá a Barcelona, después de

años de estar aprendiendo y ayudando en el taller del padre, saliendo a dibujar del natural impresionablemente, con Ginepro, con Marçal, con Querol, con Anglés, y tantos otros artistas tortosinos de su tiempo, dignos de recordo. En la ciudad contó entre en el taller de Ganet, apodado en trabajos decorativos para la cascada monumental del Parque de la Ciudadela.

Dos años más tarde está el siglo a Madrid, junto a José Alcoverro, el gran escultor de Tiverry, formado primeramente en el taller de su padre, en Tortosa. Le ayudará en algunos encargos, ejecutará por su cuenta algunas imágenes religiosas y se ocupará en modular pequeñas esculturas de tipos populares, que vende muy bien en casa de un tortosino, situada en la calle de Alcalá.

Cuando A. Querol gana el concurso para el frontón de la Biblioteca Nacional, llamará encargada a Víctor Cerveto, su condiscípulo y amigo, y le confiará parte del encargo. De esta manera, tres artistas de nuestra tierra están presentes en la fachada del mencionado palacio, para Alcoverro ejecutará las monumentales estatuas de S. Isidro y Alfonso X, el Sabio, de la escalinata.

Cuando muere Querol, Víctor Cerveto se ve honrado con la confianza de quienes habían hecho el encargo de algún momento, que aquí tenía ya comenzado. Se presenta, incluso, con los otros ayudantes del maestro, a nuevos concursos.

Durante el tiempo que permaneció con Alcoverro la obra de Víctor se hizo de mayor reposo, más serena, destroz de cierto barroquismo heredado del padre, los años con Querol le hacen adquirir esa blandura de masa, esa suavidad de la figura y los detalles, que el maestro había tomado de la escultura impresionista. La confiada admiración de Víctor Cerveto por Rodin y Constantino Meunier se reflejan lo dicho.

Su hijo, Pepe Cerveto Alcalá, cultivará también la escultura, ganando una tercera medalla por una pila de iglesia, en la Exposición de Arte Decorativo, celebrada en Madrid, en Mayo de 1913.

Ramón, el segundo hijo, escultor también, marchará pronto a Bilbao, decorando algunos edificios oficiales, tarea en la que le ayudó su hermano José; fue profesor de dibujo en una escuela del estado y se admitió incluso en los negocios.

Antonio escogió la pintura y estudió en Barcelona con Caba, Rigalt y Ugalde, en la Leiza, pasando después a Madrid, junto a su hermano Víctor, en el estudio de la calle del Cisne, de Querol, donde dibujaba a la espi o pintaba vistas del monumento a construir, que se presentaban junto con los proyectos normales, lo que solía producir un buenísimo efecto en los jurados y ayudaba eficazmente a conseguir un resultado favorable.

La mayor parte de su obra tuvo carácter religioso, y fue la más importante bajo el punto de vista artístico. Recordemos, aquí, en Tortosa, los pasajes de la vida de Santa Teresa, en el Noviciado de la Trinitaria, en Arán, los grandes lienzos sobre la escarlatia para el templo de la Resurrección, de los que fueron destruidos en 1936 los dos mayores, y los diversas escenas del desvenso de la Virgen a Tortosa y entrega a la ciudad de su Sagrado Cingulo. Estos últimos temas fueron pintados generalmente en forma de tapiz y muy apreciados por los tortosinos, que se los encargaban con frecuencia.

Del último un tanto romántico aprendido en Barcelona pasó, ya en Madrid, a un realismo más libre y, luego, a un modernismo de arabes de línea y colores muy unidos.

Le conocimos, representado definitivamente a Tortosa, en el amplio salón

de la casa que habitaba en la calle de la Zuda, edificio desaparecido cuando las obras para desajir el ábside de nuestra catedral, hace unos pocos años. En este salón tenía su taller, su pequeña e interesante biblioteca, recibía a los amigos y aconsejaba a los discípulos y aficionados que por allí íbamos. De su palabra de hombre que había visto mucho, estudiado y trabajado aún más, y concebido a muchos artistas y a su obra, aprendidos conceptos básicos del quehacer artístico, que la experiencia, después de muchas vueltas, demostró ser exactos.

Le vimos pintar algunos paisajes en estos años, pocos, pues los encargos le absorbían todo el tiempo, y en ellos volvió a un realismo muy luminoso y detallista.

José se formó primeramente, como todos sus hermanos, en el taller del padre y aprendió muy pronto a tallar con habilidad y sentido artístico. Estuvo también en Madrid, con sus hermanos Víctor y Antonio, en el taller de Querol, que le había apadrinado en su huacilo. Luego se trasladó a Bilbao, donde ayudó a su hermano Ramón en la decoración de un palacio oficial, como ya se dijo. Falleció en Ereso del presente año, a la edad de 101 años.

Ricardo, hijo menor de la numerosa familia de artistas, escogió también la pintura como medio de expresión. Pintor excelente, dentro de ese realismo luminoso español, sin detalles excesivos, que alguien ha intentado meter en los moldes del impresionismo, nos dejó telas en las que se muestran, con limpieza en el trazo y suave lirismo, las orillas del río con barcas antiguas y "wibes" de machados troncos, las calizas empinadas de Santa Clara, y del castillo, los monumentos majestuosos, los rincosnes donde se remansa la historia.

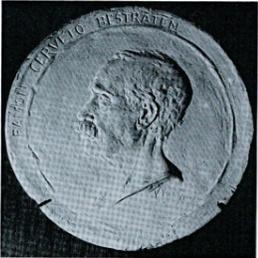
Con el lápiz, la acuarela o el óleo, fue cronista fiel de una Tortosa que cambiaba su piel con mayor rapidez que durante los siglos anteriores. Cuando le conocimos por primera vez, en los últimos años veinte, como alumno de su Academia de Dibujo y Pintura de la calle de la Rosa, por donde pasaron y aprevieron infinidad de tortosinos, desde artistas como Arna, Benet Domingo y Benet Espuny, hasta carpinteros, herreros, pintores, artesanos, estaba ya metido en el trabajo de ir recogiendo los rincosnes, las calles, los monumentos amarrados de dentro o reformas. Estas obras darían fe, en un Museo de Historia de la Ciudad, de lo que fue la Tortosa de hace cincuenta, setenta, ochenta años, no sólo de forma fidedigna en lo externo, sino con esa emocionada manera que el artista pone siempre en su obra.

Fue un trabajador incansable. Cuando le llegó la muerte, un domingo, 25 de Junio de 1978, dibujó en los caballetes, a sus 98 años de edad, varias obras comensadas, algunas de ellas exigiendo ser pintadas del natural.

Desde el nacimiento del padre, en 1828, hasta el fallecimiento del último de los hijos, José, el 18 de Enero del presente año, transcurrieron más de siglo y medio. De todo este tiempo, por bastante más de un siglo, en Tortosa o desde fuera de ella, estuvo la obra de los Cerveto presente en la vida cultural de la ciudad. Una dinastía tan nutrida de artistas se da pocas veces y el hecho merece ser públicamente reconocido y recordado.

En 1978 los periodistas tortosinos designaron a Ricardo Cerveto como "Tortosi de l'any"; la muerte impidió el merecido homenaje público. ¿Por qué no organizamos una exposición con obra de todos los Cerveto, padre e hijos, como agradecimiento a quienes durante tantos años, con su trabajo y su arte, enriquecieron el nombre de la ciudad.

F. GONZALEZ CIRER



VÍCTOR CERVETO RIBA. "Retrato de Ramón Cerveto Bestatín", óleo de tela en cuadro decorado de artistas tortosinos. Realizado en 1904, dos años antes del fallecimiento del abito.



